

mudado de vida, si habéis vuelto á Dios lo que le habiais robado por la culpa, si vivís solo para Dios; en una palabra, comparád vuestra penitencia con la de la Magdalena, puesto que vuestros pecados no han sido ménos enormes, y ved si se parece en algo á la suya, Ay! ay! qué horrores se presentan á mi triste imaginacion! cuántos sacrilegios! cuántas profanaciones! Y al mismo tiempo cuántos infiernos veo abiertos! ¡cuántas almas descubren en la descarada frente de su vida e horrible sello de su condenacion! Tantas sin duda, cuantos son los pecadores cuya penitencia no ha sido verdadera.

Esta es, ó pecadores miserables, la voz de la verdad. Y á pesar de estar vosotros convencidos de ella, no os desengañáis? no detestáis el pecado? ¿aún tratáis de continuar en el vicio, valiéndoos de la credulidad del confesor, á quien engañáis sacrilegamente? ¿todavía no os resolvéis á imitar á esa verdadera penitente, á ese modelo de la penitencia, que con tanto interés os recuerda la Iglesia en este dia? ¿No ha de llegar nunca el tiempo, en que como ella, como san Pedro, como David y tantos otros, confeséis de buena fe vuestros extravíos, los lloréis con lágrimas de arrepentimiento, y pidáis de veras el perdón? ¿Es posible que jamas lleguéis á persuadiros de que vuestras conversiones fingidas, vuestras confesiones sacrílegas, vuestras absoluciones de palabra son los medios mas seguros de que se vale Satanas para asegurarse la posesion de vuestras almas? Me horrorizo al considerar el lastimoso estado en que os halláis! No creo que haya lágrimas bastantes para llorar vuestra desventura! Llorádla vosotros desde ahora: empezád á conocerla por lo ménos, si no queréis sentirla y llorarla por toda la eternidad: llorádla ahora á los piés de Jesucristo, que es el único capaz de libraros de ella: llorádla con lágrimas de contricion, si queréis conseguir el perdón de vuestras culpas: llorádla como la pecadora del Evangelio, de una vez para siempre, con toda eficacia, para que como ella tengáis un dia la imponderable satisfaccion de oír de boca del mismo Dios: *se os ha perdonado mucho, porque me habéis amado mucho*; se os han perdonado todos y cada uno de vuestros pecados, porque os habéis convertido de corazón; se os ha perdonado toda la pena, porque vuestra penitencia es verdadera; y esta se os concede con un grado muy sublime de gloria, porque fué mucha vuestra fe y muy ardiente vuestra caridad. Amen.

## SERMON.

### DE LA OBLIGACION DE SÈGUIR

#### A JESUCRISTO É IMITARLE.

PARA EL JUÉVES DE LA DOMINICA QUINTA  
DE CUARESMA.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

*Oves meæ vocem meam audiunt... et sequuntur me.*  
Mis ovejas oyen mi voz... y me siguen.

*S. Juan, c. 10. v. 27.*

El Hijo de Dios, cristianos, el Hijo de Dios, que nada hizo ni habló en este mundo, sino para el gobierno y la enseñanza de los hombres, nos da en el Evangelio de este dia, con dos solas palabras admirables, una instruccion preciosa y necesaria sobre la obligacion y la conducta que debemos tener todos los hombres, y mas particularmente los cristianos. Con motivo de una pregunta artificiosa que hicieron los judíos al Señor, sobre si era ó no el Mesías prometido á la nacion, y que si lo era, se lo dijese claramente, y los sacase desde luego de la perplejidad ó la duda en que se hallaban, les respondió, que su pregunta era inútil, temeraria y maliciosa, pues aunque les dijese que lo era, no por eso le creerian, habiéndose hasta entónces resistido al testimonio visible de sus grandes milagros y sus obras; testimonio mas convincente todavía que el testimonio de la voz y las palabras; pero que ellos, ni á lo uno ni á lo otro se rendian, por no ser ovejas suyas, siendo el carácter propio y distintivo de sus ovejas ó de sus discípulos, escuchar la voz de su doctrina y seguir sus huellas y pisadas.

Ved ahí la instruccion que en el Evangelio de este dia nos ha dejado á todos Jesucristo; instruccion que nos enseña claramente cuál es el carácter, cuál la obligacion y la conducta que debemos tener en este mundo. Porque si el Señor ha bajado de los cielos á ser el médico, el pastor y el maestro de los hombres; si ha venido á remediar los destrozos del pecado, á curar todos los males y dolencias, á enseñar el camino y los medios de salvacion; ninguno hay que no deba escuchar la doctrina de este Dios; ninguno que no esté obligado por su propia necesidad á seguir sus ejemplos y á imitarlos. Y si esto es general á todo el mundo, lo es mucho mas á los cristianos, que por su propio estado y vocacion hacen pública profesion y juramento de seguir en todo á Jesucristo, y de arreglarse á su conducta y su doctrina para ser sus fieles ovejas y discípulos.

Yo á la verdad, si san Pablo no predicaba, ni sabia predicar sino á este Dios crucificado por los hombres (1); si cuando el mundo miraba como una gran necedad y un grande escándalo la cruz, la pobreza, y la humildad de Jesucristo, el Apóstol no cesaba de anunciarle al mismo tiempo, como la fortaleza y la sabiduría de Dios, como la redencion, la vida y la salud de todo el mundo, ¿qué extraño será, que siguiendo las huellas del Apóstol, os predique sin cesar á Jesucristo, pobre, humillado y penitente, y que os le anuncie cada dia, como el único remedio de los hombres, como el único pastor y maestro de las almas? ¿Qué mucho que os hable de este Dios crucificado, en un tiempo y en un siglo como el nuestro, en que se le crucifica de tantas maneras diferentes, y en que apenas ha quedado ni fe, ni piedad, ni Religion entre nosotros? ¿Tiempo en que todo se le disputa y contradice á este Señor... la divinidad, el poder, los milagros, la gracia, la doctrina y aún la existencia tambien de su persona? ¿Tiempo, en que Dios ha permitido por nuestros grandes excesos y pecados, que una secta de sabios, pero sabios viciosos é ignorantes, haya combatido á la Religion cristiana en todos sus objetos, y llenado de vicios y de errores, de libertinaje, de insubordinacion y de impiedad á todo el mundo? ¿Tiempo, en que este desastre y este azote de la cólera de Dios contra nosotros se mira con una serenidad y una indiferencia escandalosa? ¿Tiempo, en que nada nos hace

(1) I. Cor. c. 2. v. 2.

impresion ni nos altera, nada interrumpe nuestras diversiones y delicias, nada contiene ni refrena este lujo asombroso, ni esta horrible inmoralidad en que se vive; nada en fin nos hace temer ni imaginar, que á tanta perversion de las costumbres, á tanto cúmulo de vicios y de males no puede dejar de sucederse muy de cerca una apostasia general y un trastorno entero de la Religion en los cristianos?

¿Qué mucho pues, católicos, que yo insista en predicaros siempre á Jesucristo? ¿en predicaros su pobreza, su cruz, su humillacion y penitencia? ¿en predicaros la necesidad, la obligacion, el interes y la importancia de seguir su doctrina y de imitar su vida y ejemplo? ¿No fué la predicacion de este Dios pobre y humillado la que convirtió al mundo? ¿la que atrajo á los pecadores á la cruz y les hizo abrazar la penitencia? No extrañéis pues que os proponga de continuo el mismo objeto; y que para atraeros á la imitacion y al amor de este Dios crucificado por los hombres, os haga ver hoy las razones y los títulos mas principales, que nos obligan á imitarle y á seguirle. Ved ahí lo que será el único objeto de este brevísimo discurso, si el Señor nos asiste con su gracia. *Ave María.*

La obligacion absoluta, católicos, la obligacion que todos los hombres, y particularmente los cristianos, tenemos de seguir y de imitar á Jesucristo, no es una obligacion que solo nazca de la voluntad pura de Dios, y de que así lo haya mandado y querido, sino que es una obligacion que nace y se origina al mismo tiempo de nuestra propia necesidad y de la multitud de nuestros males. Es verdad que Dios pudo mandarlo sin ninguna mira ni respeto á nuestra condicion y á nuestro estado, siendo libre y absoluto en disponer y arreglar como quisiere, la vida y la conducta de los hombres; pero no lo dispuso ni lo ordenó de esa manera, sino que lo hizo precisamente, porque el género humano tenia necesidad de ese remedio, y porque no le era posible ni curarse, ni volver á su gracia, ni salvarse sino por la mediacion y la conformidad con Jesucristo; y ved ahí el manantial y el origen de donde nacen y dimanar las razones principales y los títulos de esta grande y general obligacion, que á todos nos alcanza sin reserva, es á saber, de nuestra misma ne-

cesidad y del profundo abismo de miserias y de males, en que todos nacemos sumergidos.

Vosotros bien sabéis que el pecado de Adan causó en el género humano y en el mundo una revolucion asombrosa y un destrozo universal y lamentable. Él nos quitó la justicia original, y con ella los dones, las gracias, la inocencia, la hermosura, la verdadera libertad y las virtudes. Él nos dejó á todos enemigos de Dios, reos y deudores al rigor de su justicia, sujetos á los castigos y á la muerte, esclavos infelices del poder de Satanás y sentenciados á los horrores del infierno. Él nos precipitó en una noche de oscuridad y de tinieblas, quiero decir, que el pecado de tal suerte oscureció nuestro entendimiento, que lo dejó en un caos de errores é ignorancias, no solo en orden al conocimiento de Dios y al de los medios y caminos de salvarnos, sino tambien en orden al de nuestras obligaciones esenciales, y aún respecto de las ciencias humanas y el estado de las cosas de este mundo. Lo mismo sucedió con nuestra voluntad; porque perdido por la culpa el amor de Dios, que todo lo arreglaba y componia, nos quedó un amor violento de nosotros mismos, y una furiosa propension á gozar y apetecer las criaturas hasta el exceso vergonzoso de adorarlas, y hasta la indignidad y bajeza de servir las. Él descompuso y destruyó el orden, la sumision y la armonía, con que el cuerpo obedecia dulcemente á la voz y al impulso del espíritu; él rompió el centro de la voluntad y de la razon; disminuyó la grandeza de su autoridad y de su imperio; nos sujetó á la impetuosidad y tiranía de la imaginacion y los sentidos; amotinó las pasiones y excitó todos los movimientos de la carne, es decir, que el pecado puso en un desorden general nuestras potencias; nos dejó cubiertos de heridas, de debilidad y de flaqueza; nos llenó de orgullo, de ambicion, de sensualidad y de codicia; nos hizo á los ojos de Dios, y en realidad, injustos, impíos, delincuentes, muertos, abominables, corrompidos, y en suma hechos un espectáculo de horror y un objeto de toda su severidad y de su ira.

Esta, cristianos, esta no es mas que una pintura débil y una imágen desmayada del destrozo que hizo en los hombres el pecado; pero en fin es una pintura verdadera y una imágen cierta y efectiva de nuestra condicion y nuestro estado. ¿Quién será pues el que nos libre y nos remedie en tantos males? ¿cómo

saldremos de este abismo profundo de miserias? ¿Qué necesidad tan grande no tenemos de un salvador, que nos liberte de esta horrible situacion á que estamos por la primera culpa reducidos? ¿qué necesidad no tenemos de un mediador que interceda por nosotros y nos restituya á la gracia y amistad de nuestro Dios? ¿de un redentor que nos saque de la esclavitud de Satanás y rompa las cadenas con que á todos nos tiene aprisionados? ¿de un sacerdote y de una víctima, que se sacrifique por nosotros á la justicia del Señor, y le haga revocar la sentencia de nuestra condenacion á los suplicios del infierno? ¿de un maestro celestial, que nos enseñe la ciencia y el camino de volvernos á Dios y de salvarnos? ¿de un sabio médico, que cure nuestros males con remedios poderosos y oportunos? ¿de un pastor que nos recoja, nos guíe, nos apaciente y nos defienda de los precipicios y los lobos que nos cercan y nos buscan? ¿de una cabeza en fin, que nos gobierne y comunique la luz, la fuerza, la gracia y la libertad, de que fuimos privados por la culpa, y últimamente de un modelo visible, donde aprendamos á reglar nuestras costumbres y á conformarnos en todo á su conducta?

¿Qué necesidad, vuelvo á decir, no tenemos de un remedidor y de un remedio proporcionado á la grandeza y á la multitud de tantos males? Pues este remedidor y este remedio es Jesucristo. Dios nos ha dado por una misericordia incomparable la persona misma de su Hijo, y le ha enviado al mundo, para que hecho hombre viviera y habitara entre los hombres, y para que los llenara de gracia y de verdad; para que pasase por ellos á su eterna justicia y los sacase del yugo de Satanás y del infierno; para que disipase nuestra ignorancia y ceguedad con la luz y el esplendor de su doctrina; para que nos enseñara el remedio de nuestros males con su mismo ejemplo y su conducta, y nos mostrase finalmente el único camino de la verdadera salvacion.

Todo esto y mucho mas ha ejecutado Jesucristo con nosotros, haciéndose médico, maestro, pastor y modelo de los hombres, y aún viviendo, como si fuera pecador y como enfermo, entre nosotros, para enseñarnos con su vida la regla y el gobierno de la nuestra. Pues ¿quién no ve aquí la extrema necesidad, el interes y la suma obligacion que todos tienen de escuchar la doctrina de este Dios, de seguir su ejemplo y de imi-

tarle? ¿Cómo se han de curar nuestros vicios y desórdenes, si no tomamos el remedio que ha tomado él mismo, para que aprendiésemos de su mismo ejemplo y conducta? Es verdad que el Señor ha hecho por sí solo, en la redencion del linaje humano, lo que no era posible á ningun hombre, como es el mediar con Dios, el satisfacer enteramente á su justicia, y el librarnos de la esclavitud de Satanás y del infierno. Mas por lo que mira á la curacion de nuestros males y miserias; por lo que hace á la ignorancia, á la sensualidad, á las pasiones, al orgullo, á la ambicion, á la vanidad, á la impureza y la codicia; como estos son vicios y defectos personales, ha sido y es forzoso que nosotros mismos, para su perfecta curacion, apliquemos las medicinas necesarias y oportunas; es menester que aprendamos y estudiemos la doctrina del Señor, que imitemos su conducta y sus acciones, y que vivamos de la misma manera y con los mismos sentimientos, que él ha vivido y tenido en este mundo.

Y á la verdad siendo todos, como somos, unos ciegos voluntarios y culpables, unos ignorantes soberbios, vanos, ambiciosos y avarientos, unos viciosos insaciables de placeres, de diversiones y delicias; siendo tambien curiosos, inquietos, delicados, habladores, impacientes, envidiosos, pegados á las cosas de este mundo y llenos de malos amores y deseos; es imposible sanar de estos achaques y estos vicios, si por nuestra parte no imitamos la pobreza, la humildad, la mansedumbre, la modestia, el silencio, el trabajo, el desvío, el desinterés, la privacion, la austeridad, la penitencia, la conducta en fin y los ejemplos del médico, del maestro, del pastor, de la cabeza y del modelo, que para nuestra enseñanza y curacion nos ha dado Dios en la humanidad y en la persona de su Hijo. Porque si este Señor ha vivido así en este mundo, no ha sido por su necesidad, sino solamente por la nuestra, y para enseñarnos en sí mismo y en la manera de vida que tuvo entre los hombres, el único remedio de todos nuestros males y el único camino de salvarnos.

Ved ahí las razones mas principales y precisas, de las cuales nace por un efecto de nuestra propia necesidad la indispensable obligacion de seguir y de imitar á Jesucristo; es á saber, por la imposibilidad de reconciliarnos con Dios, de pagar á su justicia y de remediar nuestros achaques y dolencias, sin imitar á este Salvador y seguir sus pasos y doctrinas. Yo pudiera

explicaros todavía una multitud de títulos preciosos, que aún hay de parte de Dios, de Jesucristo y de nosotros, para establecer esta obligacion de que tratamos; pero lo dicho hasta aquí bastará sin duda alguna, para que todos quedéis bien persuadidos de esta verdad incontestable, y de que siendo, como lo es, esta necesidad propia y personal de cada uno, y siendo igualmente Jesucristo el salvador, el médico, el maestro, el pastor, la cabeza y el modelo de todos los hombres y mujeres, de cualquiera estado que sean en el mundo, todas y todos estamos esencialmente obligados á escuchar su doctrina, á seguir sus ejemplos y virtudes, y á vivir finalmente en humildad y en penitencia, como él ha vivido por nosotros en todo el discurso de su vida.

Pues si esto es notorio y evidente; si esto es una necesidad absoluta y una obligacion indispensable, que todos hemos reconocido y jurado cumplir en el bautismo; si esta es la única regla de costumbres, el único remedio de los hombres y el único camino de los cielos, ¿cómo se tiene tan olvidada esta gran verdad entre nosotros? ¿cómo se hace tan poco caso de cumplirla? ¿cómo se tiene tanta repugnancia en seguir y en imitar á Jesucristo? ¿cómo no se vive, ni se piensa en otra cosa, sino en pompas, en diversiones y en delicias; sino en riquezas, en negocios, en usuras, en adulterios y torpezas, y en todo género de infamias y de vicios? ¿Pues qué, nos hemos abandonado á la desesperacion é impenitencia, como en otros tiempos los gentiles? ¿Hemos, por desgracia nuestra, renunciado á todas las promesas del bautismo y á todos los títulos tan justos que nos atan y nos unen con Dios y su Evangelio? ¿No nos importa mucho el salvar nuestras almas ni el librarnos de los horrores del infierno? ¿No nos obliga tampoco, ni nos mueve la inmensa caridad de Jesucristo, que para nuestro remedio y enseñanza se dignó vivir y morir por nosotros, abatido, pobre, humillado y penitente, y en una absoluta privacion de todos los placeres de este mundo? ¿Es posible que nos hemos de resistir á la grandeza de este ejemplo, y que siendo todos ovejas, hijos, discípulos y hechuras de sus divinas manos, hemos de volverle las espaldas y despreciar á un tal Dios, á un tal médico, á un tal pastor, tal maestro y nuestro padre?

Este es un asombro y un portento de insensibilidad y de malicia, de ingratitude y de dureza en los cristianos; este es un

abismo de amargura y de dolor para nosotros, y yo no hallo que decir ni que hacer en tal apuro, sino que nos postremos á los piés de Jesucristo, y que llenos de confusion y de vergüenza lloremos con lágrimas de sangre nuestro indigno proceder, nuestra ceguedad y nuestra conducta temeraria. Vamos pues á implorar desde luego la misericordia de este Dios; á pensar en una vida de penitencia y de humildad como la suya; á pedirle que se apiade de nosotros todavía; que nos conceda el perdón de nuestras culpas, que nos dé su gracia finalmente para amarle y seguirle en esta vida, y poder recibir de sus manos la corona de la eterna felicidad en el reino de los cielos. Amen.

## SERMON.

### DE LOS DOLORES DE LA VÍRGEN.

PARA EL VIÉRNES DE DOLORES.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

*Ecce mater tua.*

Vé ahí á tu madre.

*S. Juan, c. 10. v. 27.*

No preguntéis, cristianos, no preguntéis, despues de haber oído esas palabras, si hay en el mundo todavía hombres de un corazon de fiera ó insensible. Vosotros y yo somos esos mismos y tal es el horrible carácter de nuestro corazon, si podemos oír con indiferencia unas palabras de tanto amor, de tanta ternura de tantas gracias y misterios. *Vé ahí á tu madre:* un Dios es, católicos, un Dios es el que se explica de este modo; pero un Dios que, ademas de la fineza de haberse hecho hombre por los hombres, así habla y se explica, no desde la eminente cumbre de los cielos ó desde la gloriosa cima del Tabor, dejándose ver allí como en el solio de su soberanía y entre los resplandores de su bienaventuranza; no tampoco desde el augusto templo de Salomon y entre los doctores de la ley, como cuando interpretaba las santas Escrituras con un aplauso y una admiracion universal, sino desde el monte funesto del Calvario, desde la cátedra sangrienta de la cruz, desde el patíbulo mas ignominioso y mas cruel; cuando este hombre Dios se ve mas perseguido y ultrajado de los hombres, mas cruelmente insultado aún de la gente mas vil del populacho, mas oprimido de mortales angustias y agonías; cuando se ve pendiente de un madero afrentoso con todo su cuerpo atormentado, herido, casi